

En esta ocasión los corresponsales van a analizar cómo se viven las diferencias entre los vecinos desde los distintos lugares del mundo.

Desde EE. UU.



Borja Sotomayor
borja@borjanet.com

Si hay algo que no le falta a los Estados Unidos son conflictos por todo el mundo. En su variopinta historia, se ha enzarzado militarmente con un popurrí de naciones, desde Vietnam hasta Irak, manteniendo también un estado de permanente mala leche con otras tantas naciones, como Irán y Corea del Norte. Se ha ganado el apodo de «Policía Mundial», aunque últimamente el mantra en EE.UU. es que «combatimos a los terroristas *ahí* para no combatirlos *aquí*».

No obstante, EE.UU. también reparte cizaña de vez en cuando entre sus vecinos de las Américas. Aparte de las (a veces tensas) relaciones diplomáticas con México y Canadá, sobre todo en materia de inmigración y comercio, EE.UU. ha llegado al

La «Policía Mundial»

extremo de invadir o incitar revoluciones en algunos de sus vecinos menos conocidos.

Por ejemplo, todos estamos al tanto del conflicto entre Cuba y EE.UU. y del famoso embargo a la isla, al que todavía se aferran muchos políticos estadounidenses, a pesar de que la «amenaza global» del comunismo hace ya años que desapareció. Sin embargo, un evento menos conocido fuera de las Américas es la invasión de la Bahía de Cochinos: en 1961, un grupo de exiliados cubanos, entrenados por la CIA y financiados por el gobierno de EE.UU., intentaron invadir Cuba con el objetivo de neutralizar a Fidel Castro. Es un evento menos conocido porque resultó ser un estrepitoso fracaso; con el apoyo de la URSS, Cuba frenó la invasión en tan solo tres días.

En 1983, el ejército de EE.UU. invadió la caribeña isla de Granada, donde un golpe de estado resultó en un gobierno pro-comunista. A pesar de contar con el apoyo de algunas naciones caribeñas, esta invasión fue esencialmente unilateral, y fue condenada por las Naciones Unidas y por la Reina Isabel II (Jefe de Estado de la isla de Granada, parte del Commonwealth). A diferencia de la invasión de la Bahía de

Cochinos, ésta sí consiguió restablecer el gobierno legítimo de Granada. Esta invasión, por cierto, es más conocida popularmente por figurar en la película *El Sargento de Hierro*, una de las cintas quintesenciales de Clint Eastwood.

Seis años después, EE.UU. invadió Panamá para reemplazar el gobierno de Manuel Noriega. Aunque nadie niega que Noriega se había convertido en un dictador sanguinario, la invasión de Panamá fue, al igual que la de Granada, una acción unilateral, condenada por las Naciones Unidas y la comunidad internacional. Más recientemente, se sospecha que EE.UU. intervino en la revolución de 2004 en Haití. Según el presidente Aristide, que supuestamente dimitió voluntariamente durante la revolución, su dimisión fue forzada por los EE.UU., que incluso le transportó fuera del país en un avión del ejército estadounidense.

Y la lista sigue y sigue: el apoyo de la CIA a Pinochet en el golpe de estado contra Salvador Allende, la financiación de los «contras» de Nicaragua en los años 80, el supuesto apoyo al golpe de estado en Venezuela en 2002, etc. Nadie, ni mucho menos sus vecinos, está a salvo del «Policía Mundial».

Desde Europa



Íñigo Calvo Sotomayor
www.retaguardia.org

Las fronteras siempre me han parecido lugares extraños.

Por suerte la juventud europea actual no tiene una gran percepción de lo que son las fronteras, dado que el Tratado de Libre Circulación de la UE nos permite viajar desde Lisboa hasta Vilna sin tener que enseñar el pasaporte o conseguir fastidiosos visados.

La generación nacida en las tres últimas décadas creemos que esto siempre ha sido así, pero la verdad es que en la UE

Un buen vecindario

ha habido grandes —y sangrientos— enfrentamientos entre distintos Estados por el control de amplias regiones o pequeños enclaves geoestratégicos.

Como botón de muestra se puede recordar que el general Bismarck proclamó en 1871 la unificación alemana en el mismísimo Palacio de Versalles, tras haber humillado y derrotado al país de Molière en la guerra franco-prusiana.

Este enfrentamiento entre germanos y franceses se volvería a dar en las siguientes décadas a lo largo de dos guerras mundiales y no se diluiría hasta bien entrados los años noventa, ya que incluso al fallecido presidente Mitterrand le dio un ataque de pánico geopolítico cuando cayó el Muro

de Berlín y vio que la reunificación alemana estaba a la vuelta de la esquina.

Afortunadamente, Europa ha obrado el milagro de transformar el concepto de frontera de motivo de guerra a instrumento para asegurar la paz. En este sentido, la actual situación de la UE ha logrado que en el continente casi no existan conflictos territoriales.

De todas formas, cabe destacar dos problemas de vecindad desconocidos por el gran público, pero que siguen latentes en el proyecto europeo.

El primero es la región de Transnistria, una pequeña franja de Moldavia colindante con Ucrania y cuya población es mayoritariamente rusa. El problema surgió



cuando, tras la caída de la URSS, esta región se autoproclamó autónoma de la recién independizada Moldavia.

Desde entonces este pequeño trozo de tierra ha sido un quebradero de cabeza tanto para el Gobierno moldavo como para las autoridades de la UE, dado que Transnistria es un foco de corrupción, tráfico de armas y paranoia post-soviética que ni moldavos ni europeos pueden controlar, dado que la actual Rusia no permite ninguna injerencia exterior en este enclave.

Otro de los problemas fronterizos de la UE —y que además le afecta de forma directa al tratarse de un estado miembro— es el de la República de Chipre, ya que el Gobierno chipriota tan solo controla dos tercios de la isla, siendo el tercio restante un «estado de facto» denominado República Turca del Norte.

El embrollo comenzó cuando, después de convivir greco-chipriotas y turco-chipriotas durante siglos, tanto Grecia como Turquía empezaron a disputarse la isla y el Gobierno turco, espoleado por un plan griego para

anexionarse Chipre, decidió invadir el norte para proteger a la población de origen turco.

El resultado es que desde los años setenta la isla mediterránea se encuentra dividida.

A pesar de la situación de Transnistria o Chipre y de que las fronteras existen y existirán, la verdad es que en Europa, tras siglos pegándonos, insultándonos e invadiéndonos, hemos conseguido forjar un vecindario respetuoso y organizado.

Desde Asia



Asier Sinde Elgarresta
asiersinde@lycos.com

El 10 de noviembre de 2010 el mundo contemplaba cómo Corea del Norte primero atacaba y luego amenazaba a sus vecinos del Sur con romper la tregua que desde 1953 mantiene a Corea del Norte y Corea del Sur en un estado de tregua permanente. Aunque desde entonces ambas Coreas disfrutaban de paz, el fin de la guerra nunca se ha llegado a firmar por lo que, aún a día de hoy, formalmente la península de Corea sigue en estado de guerra.

Sin embargo, por mucho que la tensión política y militar siga siendo una realidad muy presente, a nivel de calle éste no pasó de ser un incidente más al que los surcoreanos se han llegado a acostumbrar, ya que desde poco después de 1953, tanto las amenazas, como los enfrentamientos esporádicos entre ambos ejércitos han sido eventos bastante habituales.

El origen de la división de Corea del Norte y del Sur se remonta a 1947, cuando el fin de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo el fin de la ocupación japonesa. Tras la derrota de los japoneses, la Unión Soviética y los EE.UU. acordaron establecer un gobierno compartido en la península, hasta que se pudiera establecer un gobierno independiente. Sin embargo, sus diferencias ideológicas no permitieron a ambos países acordar los términos de un nuevo gobierno que gobernara ambas Coreas. En lugar de

Las dos Coreas

llegar a un acuerdo, un ataque por parte de Corea del Norte en 1950 dio comienzo a la Guerra de Corea, que terminó con la firma de una tregua tres años más tarde.

Tras la división de la península, los dos Estados han seguido una trayectoria muy diferente. Así, Corea del Sur ha pasado de tener un PIB de 155,67 dólares per cápita en 1960 (por debajo de países como Ghana o Marruecos) a ser una economía emergente destacada en el mundo (en el 2010 el PIB per cápita de Corea del Sur fue superior al español). Pero, por el contrario, la historia de Corea del Norte no ha conocido éxitos. Tras conocer un cierto crecimiento económico en las primeras décadas, su economía empezó a decaer a partir de 1990, llegando a sufrir unos años de hambruna entre 1995-1998 que produjeron la muerte de millones de personas.

Hoy en día, Corea del Norte sigue teniendo una economía débil. Con un PIB per cápita de los más bajos del mundo (1.800 dólares en el 2009), tiene una alta dependencia de su producción agrícola y precisa de ayudas internacionales para alimentar a una sociedad malnutrida. Sin embargo, como consecuencia del continuo desarrollo de su programa militar y nuclear (se estima que supone el 30% del PIB), la ayuda internacional ha ido disminuyendo, sobre todo debido a los recortes de EE.UU. Aunque hace unos pocos años EE.UU. era el principal proveedor de alimentos a Corea del Norte, hoy en día es China, su principal aliada, la que cumple ese papel.

Junto a EE.UU. y China, Corea del Sur también ha proporcionado ayudas a sus vecinos del Norte. Estas ayudas, con todo, han dependido de la línea política del gobierno de Seúl. Así, mientras que el gobierno anterior mantuvo una política de amistad y de apoyo, proporcionando alimentos a Corea del Norte e invirtiendo en el desarrollo de una cierta infraestructura industrial, el gobierno actual está siguiendo una línea más dura, introduciendo recortes que no han gustado en Pyongyang.

En este contexto, los ataques del 10 de noviembre del pasado año fueron interpretados por los surcoreanos como una patata más para atraer la atención internacional y poner cierta presión sobre EE.UU. y Corea del Sur a fin de que incrementen sus ayudas humanitarias. Para tranquilidad de todos, China parece que ejerció un papel mediador, contribuyendo a estabilizar la situación y a que el conflicto no escalara a una posible ruptura de la tregua.

En cualquier caso, es triste observar cómo la situación que hoy en día viven Corea del Norte y Corea del Sur es una consecuencia directa del egoísmo de dos países (EE.UU. y la Unión Soviética), que antepusieron sus propios intereses geo-estratégicos a la búsqueda de una solución estable para la sociedad coreana. Al final, las principales víctimas han sido la sociedad coreana, en general, y, sobre todo, aquellas familias que desde el fin de la guerra y hasta el día de hoy siguen divididas.